

SANTOS Y GASTRONOMÍA/ 27

Roque, un valiente siervo de Dios entre las víctimas de la plaga

CULTURA

13_12_2021

*Liana
Marabini*



El denso bosque lo envolvía como un manto fresco en un sofocante día de julio. Caminó lentamente hacia el pequeño manantial que había aparecido el día anterior, brotando del duro suelo entre los árboles. Se inclinó con dificultad, sufría de inflamación de los

ganglios linfáticos que cubrían sus articulaciones por todo el cuerpo. La fiebre hacía palpitar sus sienes y el dolor de cabeza era tan insoportable que por un momento pensó que el perro blanco que había surgido de la nada y que ahora se dirigía hacia él era el resultado de su cerebro febril.

Pero el perro era real. Se acercó con paso tranquilo y dejó caer un gran trozo de pan oscuro a los pies del hombre, que había traído sosteniéndolo entre los dientes. El hombre tomó el pan y acarició la gran cabeza del moloso. El perro miró hacia arriba, luego se alejó desapareciendo nuevamente.

Roque, así se llama el hombre, se sentó cerca del manantial y se obligó a comer el pan, aunque no tenía hambre. Sabía que tenía que recuperar fuerzas y no por él, sino por las decenas de enfermos que tenía a su cargo. Se inclinó sobre el manantial y bebió el agua fresca. Se sintió mejor.

Se tumbó en el suelo y cerró los ojos. Recordó lo que había sucedido hasta entonces. Volvió a verse a sí mismo como un niño, hijo de padres ancianos. Habían rezado tanto para tener un niño. Y llegó tarde a sus vidas: nació en 1348 (o 1349) en Montpellier, una próspera ciudad que perteneció a la corona de Aragón y que había sido anexada a la corona de Francia en 1349. Era una gran ciudad del sur, cosmopolita y tolerante, muy famosa por su universidad. Un importante destino de peregrinación en la Via Tolosana, se beneficiará aún más de su proximidad a Aviñón, la sede del papado durante más de cuarenta años.

Su nacimiento fue un gran alegría. Su padre, Jean Roch de La Croix, dignatario de la ciudad, fue su primer cónsul en 1363. Su madre, Liberia, era lombarda. Un hijo tan esperado y codiciado, su nacimiento resultó ser en parte milagroso (sus padres habían rezado a la Virgen María para tener un hijo) de hecho nació y con el signo de una cruz roja en el pecho. Basado una infancia en un ambiente profundamente cristiano, fue bautizado en el santuario de Sainte-Marie Des Tables, que era también el centro de la vida espiritual, intelectual, administrativa y social de Montpellier.

Sus padres lo enviaron a la escuela con los dominicos, una orden entonces nueva y floreciente, antes de estudiar medicina. A temprana edad se enfrentó a las terribles epidemias de peste de 1358 y 1361. En Montpellier, esta última causó hasta 500 muertes diarias durante tres meses.

Su carisma con los enfermos sin duda se manifestó en ese momento. También perdió a sus padres, que murieron uno tras otro. Quedó solo y en posesión de la

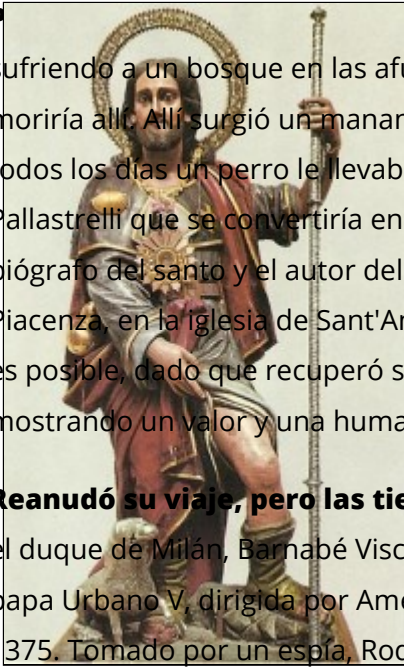


importante herencia familiar, donó todo a los pobres y comenzó una peregrinación hacia Roma. También se había enterado de que la epidemia estaba arrasando en Cesena. Fue hacia allá, haciendo lo que Dios esperaba de él mientras iba de peregrinaje y nuevamente obtuvo curaciones milagrosas.

Finalmente llegó a Roma, a principios de 1368, y atendió a los enfermos en el Hospital del Espíritu Santo. Un cardenal (Gaillard de Boisvert, regente pro tempore de la Sagrada Penitenciaría, en ese momento), curado de sus cuidados y testigo de las curaciones milagrosas, lo presentó al Papa Urbano V, quien al verlo exclamó: “¡Me parece que vienes del cielo!”. Y le dio la indulgencia plenaria.

Sin duda Roque había visto en Montpellier a este Papa de Aviñón, que intentó reubicar el pontificado en Roma de 1367 a 1370, cuando llegó a consagrar el altar mayor de la iglesia del monasterio de San Benedetto, la futura catedral de San Pietro.

Roque dejó Roma en 1370 para regresar a su tierra natal. Pero en julio de 1371 todavía estaba en Italia, en Piacenza, en el hospital Notre-Dame de Bethlehem, cerca de la Iglesia de Sant'Anna, donde asiste, cura y consuela a los enfermos. El diario de viaje de Messer Enguerrand de Salinière, pasando por esa ciudad, lo menciona: “Un compatriota llamado Roque es muy apreciado en estos lares. Tiene fama de curandero, hace milagros en personas dadas por muertas y tiene mucha piedad”.

P **con Roque.** Golpeado por la plaga, Roque se fue sufriendo a un bosque en las afueras de la aldea fortificada de Sarmato, pensando que moriría allí. Allí surgió un manantial, el que se describe al principio de nuestra historia. Y todos los días un perro le llevaba pan. El dueño del perro era el noble Gothard Pallastrelli que se convertiría en discípulo de Roque. También habría sido el primer biógrafo del santo y el autor del único y verdadero retrato en vida, conservado en Piacenza, en la Iglesia de Sant'Anna. También fue referido que un ángel salvó a Roque. Y es posible, dado que recuperó su salud y regresó a Piacenza, a donde los pestosos, mostrando un valor y una humanidad notables.

Reanudó su viaje, pero las tierras milanesas fueron escenario de una guerra entre el duque de Milán, Barnabé Visconti, su hermano Galeazzo II y la liga formada por el papa Urbano V, dirigida por Amedeo VI de Saboya. Este conflicto duró desde 1371 hasta 1375. Tomado por un espiá, Roque fue arrestado en Broni y trasladado a Voghera por Beccaria, mayordomo militar de los Visconti.

La fama de Roque ya era grande. Además, gracias a su lunar en forma de cruz en el

pecho, pudo ser identificado por su tío, gobernador de la ciudad o por alguno de sus colaboradores más cercanos. Pero, fiel al deseo de anonimato de todos los peregrinos, Roque no reveló su identidad y pidió poder retomar su camino como “humilde servidor de Dios”. Su solicitud fue denegada y permaneció en prisión.

Su encarcelamiento duró cinco años. Según la tradición, reveló su identidad a un sacerdote solo el día antes de su muerte, el martes 16 de agosto de 1379, a la edad de unos 30 años. Fue inscrito en el Martirologio Romano por el Papa Gregorio XIII y canonizado por Urbano VIII en 1629 a raíz de un fervor popular que cobró importancia.

San Roque es el patrón de varias causas: de los enfermos infecciosos, de los inválidos, de los prisioneros, de los animales y de la ciudad de Montpellier.